

EN HOMENAJE Y RECUERDO A DON EDUARDO ARROYO SEVILLA

Jaén, 18 - X - 63

Por el Dr. Luis Sagaz

Cuando una gran personalidad se nos va exteriorizamos nuestro pesar recordando y exponiendo sus méritos y virtudes.

Tal vez esta acción tenga como fundamento el pretender no desaparezca de nuestra memoria cayendo en el olvido; pretendemos, por el contrario, vivificarla en nuestro consciente y mantenerla activa en nuestras vivencias.

Yo soy tal vez el menos indicado entre todos vosotros, amigos y compañeros del que hoy recordamos, para ser el portavoz de este acto de homenaje; ni mi mala prosa lo puede realizar, ni tengo más méritos que el afecto que en vida le profesé y la admiración que en mí provocó su personalidad tan extensa y completa. Porque don Eduardo Arroyo Sevilla fue un gran médico, y a la par fue un

gran humanista, un exquisito artista, un científico, un genio creador.

Hablar de don Eduardo, como le designábamos en el lenguaje sencillo del afecto y trato habitual, no resulta fácil ni delimitable en unas líneas.

El que en realidad perteneciera a unas generaciones anteriores a mi llegada a estas tierras del Santo Reino me impide el poseer el conocimiento completo de algunas de las primeras etapas de su vida, conocidas por mí sólo a través de sus relatos, o los de sus familiares y amigos; pero de todos modos no podemos extendernos en un alcance biográfico completo.

A mi llegada a esta ciudad, hacia el año 32, comienza mi relación con don Eduardo, en parte por las circunstancias del ejercicio profesional y, principalmente, por recibir el honor para mí de confiarme el que le

asistiera en su afección del aparato respiratorio, que ya hacía tiempo venía originándole diversos síndromes generales y locales. El tratamiento de esta larga y peligrosa afección, soportada por él con superación, a pesar de su sensible temperamento y que a lo largo de su tratamiento, que ha durado más de treinta años, tuvo que soportar terapéuticas de riesgo e intervenciones quirúrgicas, a las que llegó con indudable serenidad, pese a su carácter; todo ello nos ha hecho estar unidos hasta el momento final, pues nada une más que el dolor y el sufrimiento.

He de resumir, y por ello sólo expondré algunos aspectos o hechos de la personalidad polifacética de don Eduardo.

Era un artista por naturaleza, y estaba dotado no sólo de una sensibilidad exquisita, sino, además, de condiciones materiales, todo acompañado de un agudo y fino sentido crítico; por ello pudo descollar en cualquier actividad del arte.

Desde su juventud fue amante de la música, cualidad heredada de su padre. Destacó en el violín, y, en unión de sus familiares, organizó un pequeño y eficaz conjunto, cuyos conciertos todavía recuerdan los que lo conocieron.

Más tarde, al no continuar con la ejecución personal de la música, prosiguió ofreciendo actos musicales por medio de su magnífica discoteca, aparatos de radio de alta fidelidad, etc.

Conocedor igualmente de la pintura, tiene en su haber nada menos que el descubrimiento de un "Greco", cuyo hecho, nos decía con su aguda ironía, constituía uno de sus mejores diagnósticos.

Fue un artista igualmente en la fotografía, que cultivó con todo éxito, poseyendo las mejores cámaras que existían y logrando estupendos resultados artísticos.

Construyó un rincón de reposo en su chalet de "Buenos Aires", dando con su emplazamiento y disposición una muestra más de su gusto y criterio escogido. Allí recibía visitas de cuantas personalidades de la provincia y del resto del mundo pasaban por Jaén, y que quedaban prendados de aquel lugar, vistas y horizontes. Reunió con ello una magnífica colección de autógrafos de artistas, literatos, científicos, etc., que vertían en sus líneas su admiración y afecto.

En materia de radiodifusión y televisión fue, como en todo, un adelantado, y constituyeron una faceta de sus inquietas actividades. Dominó la técnica de este descubrimiento y llegó a ser tenida en cuenta su opinión en las revistas extranjeras y nacionales. En radio ideó y llevó a la práctica inventos y modificaciones técnicas de importancia. Fue uno de los impulsores de la televisión en Jaén.

Podríamos continuar apuntando y ahondando en tantas diversas facetas de esta personalidad, por ejemplo, el esperanto, que dominaba, y con él

Franqueo certificado

AÑO III : JAÉN Y JULIO DE 1921 : NÚM. 27

REVISTA DE ESPECIALIDADES

(MENSUAL)

DIRIGIDA POR UN CONSEJO DE REDACCIÓN

SUMARIO

Electrología y radiología: Tratamiento del bocio exoftálmico, por G. Arroyo Sevilla. — Cirugía general y Garganta, Nariz y Oídos: Heridas penetrantes del tórax, por F. Palma García. — Bioterapia, por E. Arroyo Sevilla.

REDACCIÓN

M. VILLAR MINOZ (Oftalmología). — G. ARROYO SEVILLA (Electrología y Radiología). — F. PALMA GARCÍA (Cirugía general y garganta, nariz y oídos). — E. ARROYO SEVILLA (Medicina interna y laboratorio). — D. LUZÓN LINDE (Obstetricia y Ginecología). — J. GÓMEZ SORIANO (Vías urinarias). — F. BUENO MARTÍNEZ (Odontología).

ADMINISTRACIÓN

LUIS GARRIDO GARCÍA
: CALLE JUAN MONTILLA, 51 :
Suscripción gratuita para los médicos de Andalucía.

Talleres de LA RENOVACIÓN, Bernabé Soriano, 20.

Publicaciones fundadas por D. EDUARDO ARROYO, y que tuvieron amplia difusión.

SEPTIEMBRE DE 1926 : N.º 8

LABOR

REVISTA DE
Clínica y Laboratorio

Director-Propietario
EDUARDO ARROYO
JAÉN

mantuvo intercambios con amigos de diversos países; todas ellas muestras de dotes geniales para cualquier actividad.

Nos tenemos que detener y atender un poco más extensamente a la faceta de su principal labor, que fue el ejercicio de la Medicina, pero Medicina con mayúscula, pues fue realizada con toda la amplitud y con una visión que constituyó un avance de casi un cuarto de siglo para la técnica actual.

Comienza su ejercicio profesional en Torredelcampo, acompañando a su buen padre, magnífico médico general que ejerció en aquella localidad, rodeado del cariño y del afecto de toda la población.

Pronto comienza a serle pequeño el ambiente, que ha superado en las primeras etapas. Se traslada, después de tanteos, a Jaén, donde inicia con una mayor amplitud su trabajo, que ya empieza a simultanear, tanto desde el aspecto clínico como con la colaboración del laboratorio, del cual es apasionado y en cuyos conocimientos y experiencia va avanzando rápidamente y va sustituyendo con su ingenio las deficiencias y carencias de medios y de técnicas todavía no maduras.

Con su sabio criterio madura unos métodos; otros los desecha o modifica, dándoles utilidad práctica, y todo ello empleado al servicio de la clínica, con cuya colaboración ésta se mejora en sus resultados y obtiene una eficacia superior a la etapa de la clínica antigua, "del ojo clínico" del pasado siglo.

Comienza con él en Jaén así la etapa de la labor clínica moderna, donde el laboratorio es su colaborador eficaz, que hasta entonces apenas se utilizaba.

Más tarde se une en Jaén con un cuadro de los más destacados profesionales, ya encauzados hacia diversas especialidades médicas, o sea, se organiza en Jaén, y es quizá uno de los primeros lugares de España donde se comienza, gracias a la iniciativa de don Eduardo, y en unión de sus compañeros colaboradores, "una medicina en equipo", lo que más tarde, después de pasados más de treinta años, se va a realizar de modo habitual utilitario, para que, gracias a ella, progrese el ejercicio profesional, tanto en el beneficio de sus resultados como en lo científico.

Desgraciadamente, las reacciones individualistas, tan características de los españoles, disuelven aquella colaboración, que de haberse mantenido hubiera emulado la labor científica de las clínicas del extranjero, como, por ejemplo, la Mayo, sobre cuyas normas quiso él encauzar su trabajo.

Vamos a glosar otro aspecto del ejercicio profesional de don Eduardo. Era por los años 20 al 25; comienza a observar y tratar el grupo de síndromes febriles, unas veces de forma séptica aguda, otras subagudas o crónicas que bajo el denominador común de "fiebres de Jaén" se observaban con mucha frecuencia. El laboratorio le permitió empezar a sentar diagnósticos diferenciales correctos, unas ve-

ces como paludismos claros, otras con los resultados de las seroaglutinaciones, como fiebres eberthianas; pero le queda sin catalogar un grupo, a veces frecuente, de fiebres que siguen un curso irregular prolongado, con ondas, acompañadas de síndromes reumáticos, localizaciones tardías viscerales, etcétera, y que no aglutinan como las del grupo de Eberth; las estudia, y sienta el diagnóstico, por entonces casi desconocido en España, y aún menos conocido en esta región, de la "fiebre melitocócica" o "fiebre de Malta". Por entonces en otras regiones era sólo diagnosticada como "fiebre mediterránea", y apenas se comentaba en los tratados, como afección poco común.

Estos diagnósticos, que se multiplicaban por ser muy frecuentes y crecientes, hacen que la propagación de la endemia sea recibida hasta casi con burlas y críticas por las rudimentarias autoridades que entonces existían, pues la Sanidad Nacional estaba casi en sus albores y sin el montaje posterior.

Tuvo con esta cuestión que luchar, como ocurre con los sabios, con la crítica, con la burla, con la pasión; hasta con la autoridad. Pero como él poseía la verdad no cejó, y el tiempo, al final, consagró su labor y la certeza de su tesis, aunque no se le concedió ninguna gran cruz, de esas que vemos después se conceden fácilmente por una labor política y no sanitaria.

Yo llegaba por aquellos años 30 a 32

a esta ciudad, y comencé a conocer, gracias a él, a la melitococia; en mi época de medicina rural llegué a reunir más de 80 casos al año, casi el 2 por 1.000 de la población donde ejercía.

De él aprendí mucha medicina, no sólo en relación con la afección que he citado, sino en cómo enfocar al enfermo, valorar su constitución, su respuesta biológica, tanto en los síntomas como en el mecanismo o respuesta funcional. Él me enseñó a dar gran importancia a estos datos y a tantos otros aspectos, de los que muchos años más tarde se hablaría como medicina psicosomática; él la practicó y la presintió muchos años antes.

Todos sabemos que fue uno de los primeros también que en España utilizó el electrocardiograma como instrumento de su especialidad, la cardiología, hacia la cual derivó parcial y también brillantemente, pero sin dejar el ejercicio de la medicina interna, en la cual fue una de las primeras figuras de la región y de España, de cuya calidad eran testigos los prestigios más destacados de la nación.

En las técnicas de la especialidad cardiológica no sólo, como antes decía, fue uno de los primeros en la aplicación de la electrocardiografía, sino que, dando, como siempre, prueba de su ingenio, ideó técnicas de exploración cardiológica, que todavía en estos años eran copiadas y alabadas por los congresistas de la última Reunión de Cardiólogos de Andalucía,

por la escuela de Calandre en Madrid, escétera.

El laboratorio no sólo fue para él un método de trabajo, sino un campo de investigación, en el cual ojalá hubiera podido distribuir su tiempo con más intensidad, pero la afección que tantos años y horas le inutilizó y mediatizó mermó sus facultades geniales.

Sus métodos inéditos sobre el Wasserman, las seroaglutinaciones, las reacciones de floculación de diversas técnicas; hizo multitud de modificaciones a las técnicas comunes, que, bajo sus manos, cobraban una mayor utilidad práctica y más rapidez. Hasta el último momento estuvo con su inquietud respecto a las técnicas del laboratorio, y, ya vencido por la enfermedad puso, en los últimos años, en uso, antes que los demás, las técnicas de la electroforesis.

No puedo extenderme; pero, como veréis, no es sólo por el afecto por lo que llenaría más y más páginas; es porque hay contenido en ello, en calidad y cantidad.

Don Eduardo trabajó en una época y en un ambiente y con una pobreza de medios como era frecuente en España en aquel tiempo, que forzosamente limitaron su labor creadora, para la cual estaba indudablemente superdotado.

Obligado a utilizar el ejercicio profesional como medio de obtener los recursos económicos que precisaba el atender una familia numerosa, ello le impidió realizar la labor de investi-

gación pura, que era su pasión principal, y para la cual, repito, estaba dotado por el Creador con condiciones de excepción.

Era una época en la que en España a investigación sólo se producía como un hecho personal aislado y luchando contra el ambiente y todas las dificultades; era prácticamente prohibitiva.

En una Alemania, Francia o Norteamérica, rodeado de los medios propios, con equipo de colaboradores, hubiera hecho una labor y hubiera creado una escuela de renombre universal.

La afección que padeció durante largos años le inutilizó largas temporadas e interrumpió su fecunda labor; la mediatizó e influyó incluso en su propia personalidad y en su brillante psiquis. Por su alta sensibilidad emocional, la afección le hizo sufrir más intensamente que si se hubiera tratado de otra personalidad.

Vivió muchas horas de angustia ante el interrogante que le abría su enfermedad con sus episodios graves, que le amenazaron en diferentes ocasiones con la muerte. Todo ello le hizo vivir años de inquietud y temor propios y justificados por sus conocimientos científicos o médicos. No es fácil estar tranquilo cuando en cualquier momento nos sentimos al final de la ruta, sin posibilidades de marcha atrás, sabiendo que nos encontramos al final del camino, para cumplir la finalidad del motivo de nuestro nacer.

Don Eduardo era creyente, e inclu-

so con épocas de misticismo; en otros momentos, su saber le perjudicaba y le originaba sus sufrimientos, pues al pensar en el más allá y en el terrible momento del fin, para esto indudablemente es preferible no ser sabios, sino sentirnos como simples o niños.

El tuvo la suerte de poder cumplir su cometido, tanto como cristiano católico como en las facetas familiares, humanas y en todas las actividades a las que se dedicó, donde dejó huella manifiesta y ayudó al progreso de las ciencias y de las artes.

Su familia lógicamente le mantiene en su afecto, pero, además, dejó ami-

gos en los cuales perdura su recuerdo y vivencia de modo imborrable.

Este acto, tal vez celebrado con algún retraso, pone, en cambio, por ello de manifiesto que, pese a esta demora cronológica, el afecto y la estimación de sus colegas y amigos no ha disminuido, sino que se mantiene presente y para muchos de nosotros sin que pueda ser sustituido.

El recuerdo del maestro, como muchos le consideramos, y sobre todo entre los que tuvimos el don especial de disfrutar de su amistad, perdurará, y no olvidaremos nunca a DON EDUARDO ARROYO SEVILLA.